

ojo DE agua

AMBIENTE EDUCATIVO

Una década prodigiosa

Daniel Núñez Morales

ojo de agua – ambiente educativo

- Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

☎ 965.583.213 – 649.901.562

www.ojodeagua.es – ojodeagua.ambiente.educativo@gmail.com

Primera edición: julio de 2019

Editado por:

ojo de agua – ambiente educativo

Partida Racó de Pastor s/n,

03790 ORBA (Alicante)

☎ 649.901.562

www.ojodeagua.es – ojodeagua.ambiente.educativo@gmail.com



El texto está disponible bajo la [Licencia Creative Commons \(Reconocimiento – No comercial – Compartir igual\) 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/); por la cual:

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento: Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial: No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Compartir bajo la misma licencia: Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

El propósito de este artículo es compartir someramente parte de nuestra experiencia como familia en los 10 años que llevamos participando en el proyecto “Ojo de agua”. Me llamo Daniel y mi esposa, Raquel. Somos padres de María y Karlos, que son los que más se benefician de ello.

Lo que nos motivó a venir aquí, tras una ardua búsqueda entre otros proyectos educativos alternativos, fue la pasión, la humanidad y la convicción que nos transmitieron Marién y Javier, los directores del proyecto, tras mantener una entrevista con ellos en la que nos detallaron a grandes rasgos su filosofía de trabajo y nos hicieron sentir que nuestros hijos estarían en buenas manos.

Hasta ese momento habíamos tratado de criar a nuestros hijos, sin asistir a guarderías ni colegios, básicamente por lo que influyeron en nosotros autores como Laura Gutman o Rebeca y Mauricio Wild, entre otros, además de alguna prueba fallida en un colegio que nos recomendaron. Así que optamos por adaptar nuestros trabajos para que poder estar con ellos sin necesidad de ningún centro.

Tras este proceso de recabar información sobre las posibilidades que había dentro y fuera del sistema educativo y desde nuestra responsabilidad como padres, entendimos que lo más importante para nosotros era que donde lleváramos a nuestros hijos se les cuidara y se les respetara; ya que lo que habíamos vivido ambos en nuestras infancias, sin ser un suplicio para ninguno, no lo queríamos para ellos.

Por lo tanto, nuestras expectativas cuando empezamos eran básicamente esas, el respeto y el cuidado. Pero desde entonces hasta ahora, nuestra experiencia ha superado enormemente esas expectativas. Para empezar, nuestra hija se adaptó a “Ojo de agua” con la velocidad de un rayo desde el primer día que llegó al “kinder”... “mamá, papá, ya os podéis ir” fueron sus palabras a los 10 minutos de estar allí. Más, cuando, como decía antes, la única experiencia que habíamos tenido desde el nacimiento de nuestro hijo Karlos, había sido probar a buscarle un colegio a María que tuviera algunas consideraciones mínimas de las que pedíamos. Y tras una reunión previa con la directora, sostenía que cumplía esos aspectos mínimos, pero a la hora de la verdad, cuando llegamos el primer día “donde dije digo digo Diego”. Lo primero que nos pidieron fue... “dejadla cuanto antes y os vais lo más rápido posible...”, llorando a lágrima viva como estaba, siendo como era nuestra principal condición fue poder hacer cierto acompañamiento los primeros días de adaptación. Pero como Raquel necesitaba tiempo para dedicarle a Karlos que, como digo, estaba recién nacido, intenté durante una semana ir con ella a ver si quería entrar, pero no

hubo forma. Así que cuando ese primer día de “Ojo de agua” María dijo “ya os podéis ir”, vimos el cielo abierto.

Pero con nuestro hijo Karlos no fue así, con él -o Raquel o yo- tuvimos que quedarnos toda la mañana sentados en un banco del recinto durante varios meses, para cuando nos necesitara hasta que completó su proceso de adaptación. Esto fue muy importante para nosotros, porque no sabemos cómo podría haber afectado a nuestro hijo forzar su ritmo de adaptación a un entorno desconocido, tanto en su sensación de valía personal, como en su confianza en sí mismo y en sus padres. Pero lo que sí tenemos claro es cómo la “supuesta” timidez de nuestro hijo Karlos, al que le costaba relacionarse mucho más que a su hermana, se ha convertido en estos cinco ó seis años en todo lo contrario, su manera de relacionarse ha cambiado radicalmente. Aunque lo que no ha cambiado es su forma, su ritmo de acometer cada nuevo reto. Conserva su identidad en este aspecto sin que nadie, ni en “Ojo de agua” ni en casa, le obliguemos a enfrentar sus desafíos, al ritmo o la velocidad que nos pueda parecer idónea a los demás.

Para nosotros, esto ya por sí solo le daría sentido a nuestra participación en el proyecto; sobre todo, viendo cómo -durante este proceso- hemos tenido la oportunidad de recordar cómo fue nuestra infancia y adolescencia en relación a este tema: cómo tanto en casa o en la escuela se nos comparaba en función de nuestros ritmos y procesos con los de los demás, haciéndonos sentir menos válidos si éramos más lentos o diferentes al estándar considerado como ideal. Forzándonos así a igualarnos con otros en relación a este parámetro que -sin ningún género de dudas, al menos para nosotros- no hace mejor ni peor a nadie, pero que -usado de esta forma- influyó muy negativamente en el resto de nuestras vidas.

El comentario siguiente que le hizo un profesor a mi esposa en su momento, lo tiene tan presente -aún pasados los años- que estamos convencidos de que marcó su experiencia en relación a su propia valía personal: “Sánchez Roca usted no llega al apellido de sus hermanos”, haciendo referencia a la diferencia de intereses de sus hermanos con los de ella. Seguro que este hombre pretendía motivarla, pero no lo consiguió, mas bien ahondó en lo que seguramente era el aspecto fundamental del problema, es decir el valor que se le daba en su familia a un tipo de estudios más académicos, en relación a otros más artísticos como la danza.

Otro aspecto fundamental de nuestra experiencia está relacionado con los límites, algo que siempre nos había preocupado en relación a la educación... En muchas ocasiones he oído eso de que los niños buscan siempre los límites... y,

por ende, la importancia de saber cómo ponerlos correctamente. Oigo a mucha gente decir que en las escuelas libres -si se pueden denominar así- los niños hacen lo que les da la gana, y en algún sentido es así. Para nosotros es básico que en “Ojo de agua” nadie obligue, inste o intente seducir a nuestros hijos a realizar ninguna actividad, que no parta de sus propios intereses o de su curiosidad. Pero con respecto a las relaciones, las familias que recalamos en el proyecto, a veces, llegamos con un problema de niños faltos de límites, porque -como son pequeños- los padres podemos confundir fácilmente el amor con la falta de límites.

Aquí he encontrado un patrón con el que siempre me he sentido identificado: “la libertad de un individuo, termina donde empieza la de los demás”. Esto no es nada nuevo, pero sí que -en la educación convencional- lo he visto como algo que no se tiene realmente en cuenta, es decir, o se castiga o se consiente, pero no se aplica este modelo a la hora de poner los límites. En este sentido, tengo que decir que una de las cosas que más nos gusta de “Ojo de agua” es que está lleno de reglas, creo que no he visto nunca un sitio donde haya más reglas, eso sí, acordadas entre todos los participantes en asamblea para proteger este principio que mencionaba antes. Y es obvio que si alguno de mis hijos infringe las normas establecidas, no siempre les sienta bien las consecuencias de ello, pero la diferencia estriba en que no se aplica castigo, aunque sí hay consecuencias derivadas; acciones concretas que están estrechamente relacionadas con dichos actos. Y para nosotros, aquí está el sutil “quid” de la cuestión, porque -desde nuestro punto de vista- esto aporta conciencia de respeto por el individuo, por sus derechos y obligaciones en comunidad.

A nosotros este aspecto nos parece crucial: la diferencia entre un castigo y una consecuencia. Pueden parecer lo mismo y, sin embargo, estoy convencido de que los resultados de aplicar uno u otro son diametralmente opuestos. Por ejemplo, cuando alguno de nuestros hijos transgrede una norma concreta en nuestra casa, podemos castigarle quitándole lo que más aprecia. O bien podemos explicarle que él tiene unos derechos por ser miembro de nuestra familia, pero también unas obligaciones en relación a su edad y que esos derechos están ligados a las obligaciones y que, si estas no se cumplen, se pierden los derechos. Si esto se nos pasa y no establecemos esta relación en cada caso concreto, o no la sostenemos firmemente, ni la manejamos de manera coherente, al final lo que estamos haciendo es castigarlo, es decir, culparlo, hacerle sentir que es malo o que hace las cosas mal... Con la segunda opción, lo que tratamos de hacer es que tome conciencia de sus responsabilidades, e inculcarle valores de respeto por sí mismo y por los demás.

En relación a este asunto, también estoy convencido -por experiencia propia y vista vivir a otros- que los niños siempre nos reflejan nuestras incoherencias y mediante sus transgresiones se manifiestan en nuestras vidas para que podamos corregirlas y que ellos también se beneficien al mismo tiempo. Pero nuestra percepción de la educación convencional, es que mayoritariamente se deja de lado este aspecto y principalmente se ocupa de “hacer entrar en vereda” a los niños o de doblegarlos (la mayoría de las veces sin conseguirlo).

Para nosotros, uno de los grandes aprendizajes de este camino en la educación compartida es que lo que expresan nuestros hijos al transgredir los límites de respeto, tiene mucho que ver con el patrón subyacente de falta de respeto en nuestra propia pareja, aunque en muchos de los casos la forma que adquiere es diferente. Y es ahí donde nos cuesta más ver esta relación. Desgraciadamente, no siempre en nuestra familia, y supongo que esto no es exclusivo de la nuestra, en bastantes ocasiones, no somos capaces de solventar estas cuestiones entre nosotros, por lo que el trabajo que hacen en Ojo de agua, al tratar de aplicar este modelo, de forma mucho más coherente que en el seno de la familia, ayuda enormemente a que nuestros hijos lo entiendan en ese ámbito y estén más capacitados para trasladarlos a sus vidas.

Otro aspecto básico de nuestra experiencia tiene que ver con las relaciones. Y es que vemos en nuestros hijos y en la mayoría de los niños y jóvenes que acuden a “Ojo de agua”, que las relaciones con sus iguales son infinitamente más importantes para ellos, que los talleres a los que acuden y que -en muchas ocasiones- una cosa está condicionada por la otra. Esto al menos con nuestros hijos es muy claro. Y consideramos que si para ellos esto es lo más importante, es porque estamos convencidos de que interactuar con sus semejantes de una manera sana es fundamental para el correcto equilibrio presente y futuro de sus vidas. En “Ojo de agua” esto es posible porque su manera de entender la educación coincide plenamente con esto que para nosotros es un principio fundamental: **de una sana relación con uno mismo y con nuestros semejantes depende todo lo demás.**

Para nosotros esto es de vital importancia, porque implica que nuestros hijos no se tienen por qué sentirse inútiles, inadaptados o peores que otros, debido a que en este momento de sus vidas no le interese demasiado acumular datos y pasar exámenes, como nos pasó a nosotros. Y este es otro gran aprendizaje de este camino: “hacer algo que no me interese ahora, para que el día mañana... no se sabe muy bien qué...” no nos parece un opción que esté basada en la confianza en uno mismo y en la vida. Lo que para nosotros es verdaderamente importante y es algo compartido con el proyecto, es **regular las relaciones desde el respeto mutuo y la responsabilidad de pertenencia a una comunidad.**

El hecho de recordar cómo fue nuestra infancia y adolescencia -en relación a este tema- y sus consecuencias en nuestro futuro, con esa sensación de fracaso y de no saber qué hacer, de sentir que no éramos lo suficientemente válidos porque, de pequeños, ya sentíamos que nuestras guías internas eran erróneas, estaban equivocadas, a causa de que no nos interesaban las cosas que **“debían”** interesarnos, porque no nos servían para nuestras inquietudes del presente; el hecho de recordar esto, nos ayuda a darnos cuenta de que crecimos desconectados de esa fuente, de esa guía, que -desde nuestro punto de vista- es la más fiable y la única que nos acompaña de por vida, para orientarnos de la mejor manera posible. Todo ello, por supuesto, con todos los errores que cometamos en el camino, pero desde nosotros mismos. Estas consecuencias han influido tanto en nuestra auto-imagen a largo de nuestras vidas, que aún siguen siendo un caballo de batalla.

Otro aspecto a destacar es algo que hace poco recordaba en una reunión de familias de las que se hacen mensualmente en el proyecto, y que me parece un cambio radical en el modelo educativo. Y lo cuento a modo de broma... y es que cuando nuestros hijos se hacen los remolones en la cama y nos cuesta despertarlos, les tengo que decir... “mira, si no os levantáis, no os vuelvo a avisar más” y -entonces- se levantan, ¡vamos que si se levantan! De hecho, muchas veces -según el interés que tengan- se ponen sus propias alarmas, incluso Karlos, que solo tiene 10 años. También se dan las circunstancias opuestas, esto es, que si -en algún momento- mi hijo estuviera pasando un proceso que requiriera estar en casa y no asistiera durante algún tiempo, se comprende y acompaña perfectamente. La idea es esa apoyar la guía interna de los niños.

Desde luego tampoco queremos dar a entender que aquí todo es perfecto, que aquí nadie se equivoca y que esto es un paraíso, porque no sería verdad. Hay ocasiones en la que no estamos de acuerdo con medidas que se toman, hay veces que no entendemos el sentido, o -en otras ocasiones- un conflicto con alguna otra familia; pero -lo más importante para nosotros- no es que esto ocurra, porque no conozco ningún ámbito de la vida, grupo o comunidad donde esto no pase; lo que nos importa es la actitud hacia ello, una posición de apertura mental, participativa y comprensiva tanto por parte de los responsables del proyecto y acompañantes, como de la inmensa mayoría de las familias, para reconducir las situaciones. Que no siempre se consigue, pues también es verdad, pero lo más importante para nosotros es la actitud.

También queremos compartir que en algunas ocasiones, ya sea por procesos de nuestros hijos o nuestros -como la sostenibilidad económica o la adaptación laboral- este camino se convierte en un acto de fe y hay momentos duros, pero

cuando pasan... realmente vemos el beneficio con el que venían esas situaciones y nos alegramos de haberlas pasado.

Y por último quiero comentar, que es cierto que para poder sostener este cambio geográfico desde Madrid hasta aquí, cambios de trabajos también, yo que era actor y Raquel, bailarina y actriz, nos resultó insostenible seguir con ello y tuvimos que vender nuestras pertenencias. Y este proceso de adaptación, como decía, al menos en nuestro caso, a veces resulta complejo, porque requiere de una profunda transformación personal en relación a convivir con la incertidumbre y de fe en la vida y en Dios. Pero lo que sí tenemos claro es que si nuestras pertenencias materiales y nuestro estatus hubiesen sido más importantes para nosotros que el máximo bienestar posible que pudiéramos darles a nuestros hijos, no los hubiésemos tenido.

Y queremos despedirnos agradeciendo a todas y todos los participantes en el proyecto desde sus fundadores a todos los acompañantes que han pasado por aquí en este tiempo, y a todas las familias, las que están y a las que ya no están, porque -gracias a todos- nuestras vidas se han enriquecido muchísimo desde que estamos aquí. Porque como dice mi amigo Jose Carlos, otro padre participante en el proyecto: "Ojo de agua no es solo para los niños, casi que los niños son la excusa." Y, para nosotros, está siendo un camino de expansión de la conciencia, de búsqueda permanente de la coherencia, de lo que supone ser padres, de la responsabilidad que conlleva, una experiencia que nos hace tratar de ser mejores personas, ya no solo con nuestros hijos, si no con nosotros mismos y con los demás también. Y no quiero decir con ello que esto solo se pueda conseguir yendo a un proyecto de este tipo, sino que -para nosotros- Ojo de Agua lo potencia y es inherente a ello, aunque a veces nos cueste asumir esa responsabilidad de mirarnos a nosotros mismos cada vez que nuestros hijos manifiestan cuestiones no deseables.